

ANT-XIX-1282/131

LA PEÑA
DE
LOS ENAMORADOS,

LEYENDA TRADICIONAL DEL SIGLO XV,

POR

D. TRINIDAD DE ROJAS Y ROJAS.

GRANADA :
IMPRENTA DE SABATEL.
1862.

BIBLIOTECA
José Luis Cano



LA PEÑA
DE LOS ENAMORADOS.

LA PEÑA

DE LOS ENAMORADOS.

R. 46.090

22 Cu

LA PEÑA



DE LOS ENAMORADOS,

LEYENDA TRADICIONAL DEL SIGLO XV,

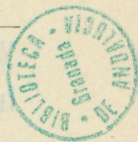
POR

D. TRINIDAD DE ROJAS Y ROJAS.

GRANADA.

IMPRENTA DE D. FRANCISCO VENTURA Y SABATEL.

1862.



AL LECTOR.

SIN tiempo para reformarla y corregirla, que hartó, por cierto, lo requiere, y convencidos de su absoluta carencia de mérito literario, damos á la estampa esta leyenda, por circunstancias especiales que á ello nos impulsan. Esto, ciertamente, ni justifica, ni disculpa el atrevimiento; pero esperamos que, al menos, será tomado en cuenta como una protesta sincera, que evite se nos crea animados de fatuas pretensiones.

Sin embargo (y perdónese este arranque de inmodestia), algo bueno hay en ella: la veracidad del relato, apoyada en importantes y curiosos manuscritos que hemos tenido ocasion de consultar, en antiquísimos romances casi desconocidos,

y en las relaciones que en prosa y verso han hecho de este suceso en pasados siglos respetables escritores nacionales y extranjeros.

No creemos propio de este lugar un análisis de los textos que han servido de base á esta mal escrita leyenda, ni hacer mencion de lo mucho que sobre el particular se ha dicho, ya en obras de alguna importancia, ya en ligeros artículos de periódicos literarios. Nos limitamos á citar algunas de las fuentes mas remotas é importantes, aunque no todas conformes con la verdadera tradicion, por si algun curioso quisiere consultarlas. Son, entre otras, el *Poema heróico del asalto y conquista de Antequera*, por D. Rodrigo de Cavajal y Robles, impreso en Lima en 1627: un romance del caballero Urbaneja, escrito en 1600, en que se refiere el combate de D. Tello con Arabella y su viaje á Granada, donde por su voluntad queda cautivo: un poema latino de Juan de Vilches, titulado *De rupe duorum amantium apud Antiquariam sita*, impreso en Sevilla en 1544: un minucioso relato de M. Andrea Navagero en su obra titulada *Il viaggio fatto in Ispagna*, etc.,

escrito el 26 de Mayo de 1526: otra relacion, y cita de poemas mas antiguos, hecha por Jorje Bruin en su obra *Civitates orbis terrarum*, impresa en Amsterdam el año de 1657; finalmente, los manuscritos inéditos de Yegros, Cabrera, Diaz de la Mata, y otros.

Con estos elementos se pudiera, en verdad, haber hecho una buena obra: disculpe lo malo de la nuestra el estar escrita hace muchos años sin pretensiones de que viese la luz, y la necesidad de publicarla hoy, sin haber podido, ni aun siquiera, corregirla.

CAPÍTULO I.

De como un caballero cristiano se presenta ante los muros
de Antequera, pidiendo combate.

Reclinada está Antequera
entre una sierra y un llano,
de un cielo siempre sereno
bajo el espléndido manto.

Baña ya del sol poniente
el débil y último rayo
de sus torres almenadas
los altísimos picachos,

y el vespertino crepúsculo
que se dilata en los campos,
va de fantásticas sombras
envolviendo los espacios.

Pero aun no la triste noche
desplegó su negro manto,
pues se descubre á la luz
de ese crepúsculo vago
allá en la margen del río
sobre un saliente peñasco

en aptitud bien tranquila
un guerrero castellano.

De un potro tiene la rienda
revuelta al siniestro brazo,
y con la diestra un pendon,
en dos girones rasgado,
en la punta de su lanza
vivo agita sin descanso.

Muy bien la señal comprenden
desde el muro antequerano;
que en aquel revuelto tiempo
de amores y cintarazos,
de valor y de hidalguía,
en que andaban tan mezclados
los guerreros de Mahoma
con los guerreros cristianos,
de aquel mozo aventurero
la apostura indica claro
un reto á mortal combate
con quien quisiere aceptarlo.

Alcarmen, alcaide entonces,
mas prudente que arrojado,
dispuso que un peloton
de jinetes africanos
saliese de la ciudad,
y algun trecho rodeando,
protegidos de las huertas
por el espeso arbolado,

se arrojase de improviso
sobre aquel jóven bizarro,
y procurase cogerlo
con vida y sin maltratarlo.

Mas Arabella, el alcaide
de Ronda, que por acaso
se encontraba en Antequera,
de la traicion indignado,
y ardiendo su noble pecho
en valeroso entusiasmo,
pidióle á Alcarmen su venia
para salir él al campo,
y medir sus nobles armas
con las armas del cristiano.

Resistió el astuto Alcarmen
largo tiempo, pero al cabo,
cuando ya la triste noche
iba extendiendo su manto
por la ancha vega, cedió
á los ruegos del bizarro
Arabella, que al momento
montó su veloz caballo,
embrazó pesada adarga,
examinó de Damasco
el ancho alfanje, pendiente
de su cintura, é inclinado
sobre el arzon de la silla,
floja la lanza en la mano,
por las puertas de Antequera
salió ganoso de lauro.

CAPÍTULO II.

Donde se verá cómo tuvo lugar el combate,
y lo que despues sucedió.

Loor á los valientes :
bien hayan los guerreros ,
que miden sus aceros
sin odio ni rencor ;
é impávidos luchando
cual bravos campeones ,
ostentan sus acciones
la gloria por blason .

Tranquilos se saludan ,
tendiéndose la mano ,
el moro y el cristiano ,
dispuestos á luchar
sin trampa ni falsía ,
cual cumple á dos guerreros
y nobles caballeros
de fama y probidad .

—¿Cómo te llamas cristiano?

—Tello Aguilar, es mi nombre.

—Y tan niño....

—Niño ú hombre....

veremos quien vence á quien.

—Esa arrogancia importuna
disculpan los pocos años.

—Luchemos, pues, sin amaños.

—La lucha á muerte ha de ser.

—Convenidos: al combate:
presto, que la noche avanza.

—Al primer bote de lanza,

D. Tello, vas á morir.

—Poco me importa la vida,
si llego á morir con gloria,
que el hombre tiene en la Historia
mas glorioso porvenir.—

Así dicen, colocados
ya en sus puestos respectivos:
se afirman en los estribos,
y echados sobre el arzon

de la montura, al escape
se encuentran: se hacen astillas
las lanzas, y de las sillas
al suelo ruedan los dos.

—
Espesa nube de polvo
se levanta y los envuelve;
pero apenas se resuelve,
en medio de ella se ven

desmontados y á pié firme,
erguidos los rostros fieros,
y agitando los aceros
que buscan por donde hender.

—

Y tajos, córtés, reveses
y mandobles y estocadas,
á tiempo siempre paradas,
se repiten con furor.

Y firmes en su fiereza,
ni retroceden ni avanzan,
ni sus esfuerzos alcanzan
á quebrantar su vigor.

—

Mas al fin era preciso
que uno de ellos sucumbiese,
y algun término tuviese
aquella lucha cruel.

Y así fué; que de D. Tello
la bien esgrimida espada,
de una veloz estocada
á Arabella hizo caer.

~~~~~

Entonces el de Aguilar,  
al moro alzando del suelo,  
bálsamo puso en la herida  
del vencido caballero.



Y tan noble y compasivo,  
cual antes brillara intrépido,  
—libre estás,—le dijo al moro,  
que yo cautivos no quiero.

—Estaba escrito, cristiano:  
hoy por primera vez vuelvo  
sin el triunfo de un combate.  
—Yo por primera vez venzo.

—Mi valor fué respetado  
por los mejores guerreros;  
y tú tan joven.... mas.... oye:  
¿no percibes allá lejos  
sordo rumor de pisadas  
de caballos, que ligeros  
se aproximan al galope  
hacia nosotros....?

—Es cierto.

—Pues bien: leal enemigo  
yo te aconsejo, D. Tello,  
que huyas de aquí sin tardanza,  
si no quieres quedar preso.

—Agradézcote el aviso,  
y mi peligro comprendo:  
mas, sabe, que no ha existido  
de mi sangre algun guerrero,  
que al peligro dé la espaldá  
en vez de mostrar el pecho.

—Es que la gente que escuchas  
son soldados de mi deudo  
el alcaide de Antequera,



y es inútil tu desnudo  
para evitar....

—¡Oh! ya es tarde  
para adoptar otro medio.—

Así dice el de Aguilar,  
siempre animoso y resuelto,  
saltando sobre el caballo  
y desnudando el acero;

mas unos treinta jinetes  
árabes en el momento  
se presentan, y le intiman  
que se rinda prisionero.

—No me rindo, miserables:—  
contesta feroz D. Tello;  
moriré; pero matando.

—No morirás ¡vive el cielo!  
que yo lucharé á tu lado  
si no basta mi respeto  
á contener esta tropa  
mal mandada por mi deudo;  
que es accion harto villana,  
indigna de noble pecho,  
faltar así á la lealtad,  
que igualmente nos debemos  
los valientes musulmanes  
y los bravos nazarenos.

Alá maldice al traidor:  
Alcarmen no puede serlo.  
Esclavos, id y decidle  
que mi vencedor D. Tello,



á mí me dejó la vida,  
y yo la suya defendiendo.—

Así el moro generoso,  
libertar del cautiverio  
á su valiente enemigo,  
intentaba con esfuerzo.

Mas los soldados sumisos  
al terminante precepto  
de su alcaide, á desistir  
no se encontraban dispuestos.

Discurre entonces Arabella,  
y, no encontrando otro medio  
de libertar al cristiano,  
arrójase en medio de ellos,

y noble, altivo, arrogante,  
mostrando tenaz empeño  
de triunfar ó de morir,  
así les dice altanero.

—Ó me matais ó el cristiano  
no va con vosotros preso.  
Bajo mi palabra, yo  
solemnemente os prometo  
que ha de entrar en Antequera;  
mas libre: cual caballero,  
que, fiado en la lealtad  
del puro nombre agareno,  
bajo sus pendones busca  
nuevos timbres y trofeos;  
una traicion tan indigna  
no sospechando por cierto.



Dime, tú, si te es bastante  
mi palabra, nazareno,  
para entrar en esa plaza,  
de cuyo alcaide te ofrezco  
conseguir cuanto le pida,  
que al fin y al cabo es mi deudo  
y en fama hasta ahora pura  
que no se manche yo espero.

—Con tu palabra me sobra,  
y sin temores penetro;  
mas ha de ser como huésped:  
jamás como humilde preso.  
He de llevar yo mis armas,  
mi caballo y mi escudero,  
y caminar á tu lado.

Tan solo así me someto  
á entrar vivo donde acaso  
me honraran entrando muerto.

—En marcha, pues: á Antequera:  
cuando dentro de ella estemos,  
verás si Arabella cumple  
lo que ofrece.

—Así lo espero.

---









### CAPÍTULO III.

Donde se verá en lo que se entretenía Alcarmen mientras llegaban

los combatientes, con lo que despues pasó.

En mitad de una estancia suntuosa,  
la cámara mas rica del castillo,  
inmóvil, silenciosa,  
una humana figura pavorosa  
destácase en la sombra. El tenue brillo,  
que despide la luz amortiguada  
de una lámpara triste, suspendida  
de la techumbre alzada,  
apena alumbra con su luz dorada  
el opaco contorno  
de la humana figura, que adelanta,  
y que al mover su planta  
sobre la rica alfombra,  
ni el rumor mas ligero en torno suena.  
Silva por fuera el huracan bramando,  
el ronco trueno los espacios llena,  
y por la sombra rápida cruzando  
brillante exhalacion, el denso espacio



fosfórica ilumina,  
y su reflejo hasta la tez cetrina  
del bulto mudo, que en la estancia mora,  
llega á través del ajimez calado  
y el rudo busto de su faz colora.

Entonces brota de su labio osado  
al respirar envuelto con su aliento  
un áspero rugido:  
tal vez un necio y sordo juramento,  
quizás una plegaria,  
que dulce en su rudeza  
al cielo con terneza  
eleva de su alma solitaria.

—Ya no mas esperar:— exclama altivo.—  
Que vengan en buen hora  
mi noble deudo y el cristiano osado:  
bastante á mi pesar los he aguardado:  
en fiero amor mi corazon se inflama,  
mi alma tierna en su belleza adora:  
y si ruge Arabella  
y llega á impacientarse el castellano,  
yo soy en mi castillo el soberano:  
que aguarden todos, que ante todo es ella.—  
Así dice feroz y se despoja  
del albornoz pesado  
y con desden lo arroja  
sobre un rico divan de terciopelo.  
Llega al ángulo opuesto de la estancia,  
y con creciente anhelo  
sobre un resorte, que la vista en vano



intenta descubrir, la mano posa,  
y al súbito contacto de su mano,  
como obediente á evocacion pasmosa,  
calmando su impaciencia,  
ofrece á su presencia  
rasgado el muro aparicion hermosa.  
Es un oculto camarín de flores;  
brillante luz su cóncavo ilumina,  
el arte sus primores  
en primorosas árabes labores  
con profusion ostenta peregrina.  
En medio de este bello santuario  
se destaca radiante de hermosura  
la mágica figura

de una cándida virgen pudorosa,  
que oculta ruborosa  
su hermosa desnudez con tenue gasa  
flotante y trasparente,  
que ágil la vista con placer traspasa.

—¿Qué me importa, que dura é inclemente  
la ley me lo prohíba?—

Con labio balbuciente

exclama el noble moro.—Mientras viva,  
tú la diosa serás de mi creencia:  
tú la aurora feliz de mi esperanza:  
la luz de mi existencia:  
la hermosa huri de mi amoroso ensueño:  
la flor cuya fragancia,  
cual mágico beleño,  
mis penas adormece compasiva.



Bien haya el prisionero castellano  
cuya creadora mano  
estampó en esa tabla tu figura.  
La dádiva excesiva,  
con que compró su libertad futura,  
nada supone á sus profanos ojos;  
mas á mi alma ardiente que la adora  
es la luz matutina, que la noche  
de mi existencia con fulgor colora. —

Así, postrado con fervor de hinojos  
ante la imagen de su bien querido,  
estático delira  
el noble moro y con afán suspira:  
y amante enloquecido,  
en su amoroso ensueño embebecido,  
no ve que el tiempo vuela,  
y el callado y adusto centinela  
que mide el corredor con paso lento,  
guardando su aposento,  
no cruzará su corva cimitarra  
al paso del intrépido Arabella,  
si llega con intento  
de penetrar en la soberbia estancia,  
que es mucha su arrogancia,  
que de alcaide y pariente el justo fuero  
le otorga franca entrada  
hasta la mas guardada  
cámara oculta del feroz guerrero!

Llega vagando á su turbada mente  
tan intranquila idea:



se agita de repente, levántase veloz, gira y rodea por el cóncavo hueco su pupila; y sarcástica, inmóvil y tranquila, cruzados sobre el pecho entrambos brazos, entre la sombra oscura de Arabella se encuentra la figura, que dicele arrogante con impetu pujante.

—No hay otro Dios, que Dios, en todo el mundo : Mahoma es su Profeta : maldito sea el infiel que torpe y necio sus leyes no respeta. Tú cruzarás el puente de la vida, y en su abismo de muerte el justo precio hallarás á tu culpa maldecida. Que solo el hombre, que á la ley se aviene, el ancho abismo á dominar alcanza : tan solo el justo con firmeza avanza, y premio y gloria al acabar obtiene. Tú has delinquido Alcarmen : tú has faltado á la ley sacrosanta de Mahoma : tu planta impura á su placer ha hollado de Dios el santo nombre : tu indómita arrogancia siempre toma tu sola voluntad por norte y guía, sin comprender que viva y esplendente sobre el orgullo efímero del hombre, sobre su necia vanidad impía, se alza la ley de Dios Omnipotente.



Rompe esa imagen que ofendiendo...

—'Calla:

no profane tu labio su pureza:

antes al filo de la infiel cuchilla

doblara mi cabeza,

que consentir que la menor mancilla

agravie impura su sin par belleza.

Esa imagen que excita tus enojos,

y que en furor demente

sin culpa inflama tus airados ojos,

es el traslado de la hija hermosa

de Aben-Abó el valiente,

y si escrito no está ya lo contrario,

será tambien mi idolatrada esposa.—

Inmóvil, mudo, con los ojos fijos

de la hermosa doncella en el retrato,

olvidado de Alcarmen y Arabella,

en su vana disputa harto prolijos,

estuvo largo rato

complaciéndose en vella

el bravo caballero,

cuyo pujante acero

al de Ronda venciera en el combate,

sin inmutarse su semblante fiero.

¿Por qué si entonces el sangriento filo

del corvo alfanje su valor no abate,

y en la sangrienta lucha está tranquilo,

estremecido agora

su noble corazon con fuerza late?

¿Es que la imagen de la bella mora,



cual poderoso talisman de un mago, hizo brotar en su exaltada mente rápido, instantáneo, enloqueciente de amor tal vez el sentimiento vago que al par que el alma el corazon le siente? ¿Es que su vista le recuerda acaso algun objeto con afan querido, algun amante y venturoso lazo por su mala fortuna desunido?

¿Es tal vez que compara en su memoria, y busca semejanza entre aquella entidad tan ilusoria y alguna otra de su amante historia que apenas ya divisa en lontananza?

Ensismado en su abstraccion amante, al viento sin pensar lanzó un suspiro, y cual conjuro mágico, pujante, al resonar en la soberbia estancia del viento vago en el revuelto giro, desaparece veloz en el instante el camarín de flores, la hermosa vírgen que le inspira amores, el dulce sueño que en su mente ondea, y la amorosa idea de aquella vírgen á su amor propicia, que en su exaltada mente ya entre sueños de gloria le acaricia. En vez de su amoroso y bello encanto solo descubre entre la sombra espesa con súbito quebranto



la bárbara cabeza  
del fiero Alcarmen, que le causa espanto.

Entonces despertando de su ensueño,  
recuerda lo pasado:  
ve á Arabella también con rostro airado,  
y con dolor comprende  
que aquel suspiro por su mal lanzado  
en medio su impaciencia,  
ha sido una imprudencia  
que de seguir soñando le ha privado.

Y era verdad: que al resonar vibrante  
en la soberbia estancia,  
el alcaide revuelve amenazante  
la adusta faz con bárbara arrogancia,  
y oprime de improviso  
el ligero resorte, que sumiso  
á su violento empuje fiel responde,  
y en el cóncavo muro  
la imágen bella con presteza esconde.

—¿Quién es — pregunta — el torpe nazareno,  
que en su valor seguro  
tan sin respeto hasta mi estancia sube?  
¡Ay de la frágil nube  
que junto al sol impávida se ostenta,  
y descubrir intenta  
su esencia misteriosa!  
Un rayo de ese sol, que fuego alienta,  
hundirá su soberbia caprichosa.  
¿Quién eres? Dime:

—El noble castellano,



—Arabella responde y fiero avanza;—  
cuya terrible mano  
ha sido la primera  
que ha logrado vencer con su pujanza  
á mí, que no encontré quien me venciera.

Perdona tú, D. Tello, si te exijo  
me aguardes un momento  
en esotro aposento,  
porque quiero prolijo  
con mi pariente Alcarmen un asunto  
tranquilo discutir punto por punto. —

Retiróse en efecto el castellano,  
y Arabella y Alcarmen mano á mano  
acalorada discusion emprenden,  
y blasfeman, y juran,  
y la razon y la amenaza apuran,  
y ni amenaza ni razon atienden.

Entre tanto D. Tello retirado,  
á lento paso el corredor midiendo,  
con semblante tranquilo y reposado  
en su amante ilusion se va embebiendo,  
y al fin su extraña situacion olvida,  
y del alcaide la amenaza fiera,  
y cual si nada que temer tuviera,  
tan en peligro hallándose su vida,  
de la disputa el resultado espera.

Al fin un hora trascurrida escasa  
para el bravo Aguilar en el sosiego,  
rugiendo se presenta  
con el semblante que le brota fuego



como encendida brasa  
el alcaide rondeño, y—vamos:—grita,  
y seguido del noble castellano  
veloz se precipita  
por la escalera oscura,  
do se pierde de entrambos la figura.





## CAPÍTULO IV.

En que se refiere la historia de D. Tello, y la empresa  
en que se hallaba empeñado.

Grandes, espesas, confusas,  
de mil caprichosas formas  
parduzcas nubes del cielo  
la tersa faz emborronan.

Fugitivas al ocaso  
de la noche tenebrosa  
ante la lumbre del día  
van caminando las sombras:

y por las puertas de oriente  
misterioso y vago asoma  
el matutino crepúsculo  
nuncio feliz de la aurora.

Susurra el viento en los árboles,  
y lentas, tristes, monótonas,  
del tronco que les dió vida  
desprendiéndose las hojas,  
de seco y mustio color  
el húmedo suelo alfombran.



Entre ellas de trecho en trecho  
algunas lucientes gotas  
de la pasada tormenta  
tibios cambiantes arrojan,  
como brillantes perdidos  
en medio de falsas joyas.

Poco á poco los celajes  
del oriente se arrebolan,  
y entre sus flotantes gasas  
el sol espléndido asoma:  
y los objetos confusos  
y perdidos en las sombras  
de la noche, ante su luz  
se detallan y coloran  
y en profusa variedad  
adquieren viveza y forma.

Mas nada de esto reparan  
dos figuras silenciosas,  
que en morunos alquiceles  
hasta las cejas se embozan,  
por resguardarse del viento  
que sus semblantes azota,  
y que, si bien les regala  
con los campestres aromas  
que de las últimas plantas  
del otoño se evaporan,  
tambien el rostro les hiela  
con el hielo de la atmósfera.

En andaluces corceles,  
nacidos allá en la Loma,



airosamente cabalgan,  
y acompasados galopan  
del risueño Guadalhorce  
por las márgenes verdosas,  
do mansamente murmuran  
atropelladas las ondas,  
y circula la vereda  
descuidada y tortuosa,  
que alejándose del río  
se encamina hácia Archidona.

Por esta vereda estrecha  
los dos caballeros toman,  
mas ya cerca de la villa  
aquel camino abandonan,  
y dejándolo á la diestra  
por la siniestra se emboscan  
en un monte asaz espeso  
de encinas grandes y añosas;  
mas por el cual va tambien,  
aunque mala y trabajosa,  
otra senda practicable  
cuyo término está en Loja.

Sin hablar una palabra  
han caminado dos horas  
el buen D. Tello Aguilar  
y el noble alcaide de Ronda;  
pues no eran otros los dos,  
que la vega deliciosa  
de Antequera atravesaban  
al nacer la bella aurora.



Mas ya tan largo silencio  
á ambos guerreros enoja,  
y cortándolo Arabella  
á Aguilar el rostro torna.

—D. Tello, dice el adagio  
que las palabras acortan  
el camino....

—Es la verdad.

—Hablemos, pues.

—Sea en buen hora :  
comienza.

—Pensaba en ello,  
pues me preocupa una cosa,  
que si bien no me interesa,  
á tí D. Tello te importa :  
y pues me contemplo en deuda  
por tu accion tan generosa,  
yo quisiera....

—No prosigas,  
que pagado estoy de sobra :  
si yo te dejé la vida,  
tú vencido me perdonas,  
y luego la mia defiendes  
y la libertas ahora,  
pues sin tu fiera energía  
y tu decision heróica  
muerto me hallaria ó preso  
del castillo en las mazmorras ;  
que bien lo indicaba anoche  
de Alcarmen la faz traidora.



Pregúntame lo que quieras,  
y los elogios acorta.

—Convenidos: dime, pues,  
¿por qué tu tierra abandonas?  
¿por qué con traje moruno,  
recatando tu persona,  
á Granada te diriges  
con intencion cautelosa?  
Yo comprendo que en tu pecho  
de amor se encierra una historia,  
y espero me la confies,  
pues mi palabra te abona  
el secreto.

—En ella fio:  
con ella me basta, y sobra:  
escucha, pues, mi secreto  
y sabrás lo que me agovia;  
lo que sumerge mi alma  
en la tristeza mas honda.  
La historia fiel de mi vida  
vas á escuchar de mi boca.

Nací en Sevilla: á la márgen  
del Bétis las bellas horas  
de mi niñez trascurrieron  
dulces, tranquilas y hermosas.  
Mis padres (no se por que),  
su cara patria abandonan,  
y en Écija se establecen,  
donde oscurecidos moran  
á pesar de sus riquezas.



y posicion ventajosa:  
Pasaron algunos años,  
y de la muerte traidora  
dos veces brilló en diez días  
la negra cuchilla còrva,  
y á mis padres desgraciados  
el uno tras otro inmola.  
Solo me quedé en el mundo:  
del dolor entre las olas  
náufraga el alma gemia,  
cual golondrina medrosa,  
que, del destino empujada,  
en el otoño abandona,  
por buscar templados climas,  
de nuestra patria las costas;  
y al cruzar los anchos mares,  
turbia borrasca la acosa,  
y la hace perder el rumbo,  
y el recio viento la azota,  
y los truenos la anonadan,  
la lluvia sus plumas moja,  
y ya perdida no encuentra  
esperanza que la acorra,  
hasta que al fin va á caer,  
cuando sus fuerzas se agotan  
del África que la espera  
en las playas arenosas.  
. . . . .

Templóse al fin mi dolor:  
el tiempo todo lo agota,



y yo estaba en esa edad, en que al corazón se agolpan de la ardiente juventud las pasiones bramadoras. Sentí del amor el fuego, sentí la sed de la gloria, y en pos de gloria y amor lancéme al mundo: la sombra hallé solo de la dicha; mas nunca toqué la forma: y amargaban mis placeres el hastío y la sozobra. Una tarde, cuando el sol entre nubes vagarosas se ocultaba en el ocaso, dejando la tierra en sombras, en la ribera del río, y envuelto en misera ropa, me encontré con un anciano, vestido á la usanza mora.

Preguntándole quién era, me contó su triste historia; me dijo que habia gemido diez años en las mazmorras del terrible Aben-Abó, padre de Fátima hermosa, cuya gracia y gentileza perdido Alcarmen adora. Sucedió (no se por que coincidencia milagrosa),



que supo el astuto Alcarmen,  
que de pintura en las obras  
era el cautivo muy diestro,  
y hablando con él á solas  
le ofrece la libertad  
si aquella belleza copia.  
Apenas un mes corrido,  
dos traslados de la hermosa  
habian hecho sus pinceles:  
el uno de entonces mora,  
como has visto, en Antequera:  
el otro, como memoria  
de su cara libertad,  
en una arrugada bolsa  
lo conservaba el cautivo.  
Á mis instancias abrióla,  
y en un blanco pergamino,  
que extendió con mano pronta,  
ante mis ojos expuso  
el traslado de una diosa.

Tú no puedes figurarte  
lo que allá en mi mente loca  
pasó en un punto, Arabella:  
yo sentí la sangre toda  
agolpárseme violenta  
al corazon, cual las olas  
de recia mar, que zumbando,  
anegan aislada roca.

Hay situaciones extrañas  
del hombre en la vida corta,



que en vano á la inteligencia  
á explicarlas se provoca,  
y cuyo peso violento  
sobre el alma se desploma.  
Aquella imágen tan pura,  
blanca y perfecta en sus formas,  
mal velada en tenue gasa,  
que apenas sus carnes roza,  
con los ojos adormidos,  
medio entreabierta la boca,  
junto á un baño de alabastro,  
entre una nube de aromas,  
y en blando divan hundida,  
como Vénus en su concha,  
de mi alma atormentada  
sin pensar se posesiona,  
y en ella, exclusiva reina,  
se asienta dominadora.

Toda mi vida pasada,  
mis esperanzas de gloria,  
de mi niñez los recuerdos,  
mi juventud borrascosa,  
todo, en fin, lo que no es ella  
del alma presto se borra,  
y, en ella solo pensando,  
una suma escandalosa  
ofrezco al pobre pintor,  
que al cabo vende su obra.

Desde aquel mismo momento,  
conseguida ya la copia,



lograr el original, solo mi alma ambiciona.

Esta idea hasta los muros de Antequera la orgullosa me lleva en pos de un combate, confiado en la victoria.

La suerte me fué propicia, vencí tu constancia heróica, y, en tu palabra fiado, espero que en breves horas aspiraré el mismo ambiente que está aspirando mi hermosa.

—Haces bien en confiarte en mi palabra: mas loca es la aventura que intentas, y por demás peligrosa. En ella puedes perder la vida....

—Poco me importa!

¿No comprendes tú que existen sentimientos, que aprisionan el corazon, de tal modo que en lucha estéril se agotan las fuerzas, que en resistirlos empleamos en mal hora?

¿No comprendes, que hay pasiones que al ser humano destrozan, si combatir las intenta?

¿Que son el infierno ó gloria de la vida? ¿que con ella



se identifican? ¿que ahogan,  
si el corazon las rechaza?  
¿que enloquecen, si las logra?  
Pues de esta clase es la mia:  
parte de mi vida propia:  
sin ella vivir no puedo.

—El tiempo todo lo borra,  
dice el adagio.

—El adagio  
muchas veces se equivoca.

—Es una máxima antigua.

—Es solo una vana fórmula.—

Así diciendo los dos,  
á las puertas ya de Loja,  
desparecen, discutiendo,  
por sus calles tortuosas.

---







---

## CAPÍTULO V.

De como Alcarmen vió visiones, que al fin se convirtieron  
en realidades.

Es una noche de Mayo,  
densa por demás y oscura:  
nubarrones á bandadas  
del cielo la faz anublan,  
impidiendo con sus gasas  
que llegue á la tierra pura  
la claridad vacilante  
de la misteriosa luna.

Allá donde el fresco Dauro  
con lánguido son murmura,  
junto al cerro do la Alhambra  
alza sus torres parduscas,  
hay un cármén delicioso,  
que frescas flores perfuman,  
y frondosas alamedas  
cual verde faja circundan.

Todo en silencio reposa,  
tan solo el viento susurra  
de la frondosa alameda  
entre la opaca espesura.



Es ya mas de media noche :  
hasta las aves nocturnas  
escondidas permanecen  
y silenciosas y mudas.

Mas del cármén al extremo  
el leve rumor se escucha  
de unos pasos recatados  
sobre la arena menuda,  
que deslizándose al rio,  
sus claras ondas enturbia.

Por un rasgon del celaje  
asoma su faz la luna,  
y á su tibia claridad  
dudosa, vaga, confusa,  
entre los últimos álamos,  
de una mujer la figura  
se descubre, que anhelante  
á paso rápido cruza,  
hasta que inquieta se para,  
y entre arrayanes se oculta.

Largo rato permanece  
inmóvil, absorta, muda,  
con la mirada en las aguas,  
sin variar de postura ;  
mas de repente á su espalda  
oye pasos, y se turba :  
levántase presurosa,  
mira hácia atrás, y la adusta  
faz de Alcarmén la sorprende,  
que celoso la pregunta.



—¿Á tal hora y en tal sitio lo ca  
á quién mi gacela busca?  
¿Por qué esquivo mi presencia  
de mi corazón la única  
reina y señora? ¿por qué  
con tanto teson me ocultas  
un secreto que en tu pecho,  
aunque bien lo disimulas,  
han descubierto mis celos  
para aumento de mi angustia?  
Yo bien pudiera exigirte  
amor y obediencia suma,  
pues cediendo al fin tu padre  
de mi cariño á las súplicas,  
me ha concedido tu mano;  
mas yo no quiero que nunca  
digas hizo la violencia  
lo que debió la ternura.

—Alcarmen: ¿tú no comprendes  
que algunas veces se lucha  
con un fantasma invisible,  
que nuestra razón conturba,  
que no vemos, ni tocamos,  
pero que perenne zumba  
allá en el fondo del alma,  
y cuyas voces asustan,  
como el eco del torrente  
que á un abismo se derrumbá?

Yo no comprendo el amor;  
pero lo siento: se adunan



en el fondo de mi pecho  
sensaciones tan profundas,  
tan encontradas, tan raras,  
tan extrañas y confusas,  
que ora en mi oído resuenan  
cual sentida y tierna música,  
ora suaves palabras  
con eco blando murmuran;  
ya remedan el estruendo  
de una sangrienta disputa;  
ya del fuerte simoun,  
que las arenas empuja  
en el desierto abrasado,  
la violenta y rauda furia.  
Quiero y no quiero á la vez;  
y vacilante y en duda,  
lo que hora mismo me agrada,  
mas tarde ya me repugna:  
y loco, vivo, excitante,  
el alma triste me abruma  
un anhelo incomprensible:  
cierro la vista, y fulgura  
en horizonte lejano  
una luz que me deslumbra:  
hácia ella tiendo los brazos!  
por cogerla; mas se burla,  
y huye de mí, como el fuego  
fatuo que vaga en las tumbas.  
Yo no entiendo....

—Yo sí, Fátima:



eso es que el tiempo fecunda  
el gérmen puro de amor  
en tu pecho: sí, no hay duda:  
solo falta que á un amante,  
que te adora con locura  
y que está á tus piés, hermosa,  
entregues tu amor.

—¡Oh! nunca...  
es decir.... hora no puedo....  
mas tarde quizás....

—¿Rehusas  
corresponder á mi amor?  
Eso es, Fátima, que ocultas  
el cariño de otro amante  
en el alma....

—¡Qué locura!  
Es un amor sin objeto,  
es una ansiedad, en suma,  
que siento sin comprenderla:  
por eso lánguida y mustia  
la soledad de la noche  
con afán el alma busca.

Pero, vámonos: es tarde,  
y si mi padre me busca....  
—Es verdad: vamos andando.—

Y hácia la casa su ruta  
encaminan silenciosos  
por medio de la espesura.

Á poco el leve rumor  
que producen las pisadas



del enamorado alcaide  
y la desdenosa dama,  
al cruzar por la alameda  
alfombrada de hojarasca,  
en progresion descendente  
al fin del todo se apaga.

En aquel instante mismo,  
entreabriéndose las ramas  
de un bosquecillo de abetos  
á distancia no lejana,  
por medio de ellas asoma,  
y, en torno mirando, avanza  
con ademan receloso,  
fiera y torva la mirada,  
la diestra mano escondida  
en los pliegues de la faja,  
acariciando convulsa  
el mango de fuerte daga,  
un hombre por cuyo traje,  
á pesar de su arrogancia,  
su condicion de cautivo  
demuestra bien á las claras.

Imposible es conocerle  
á quien antes le tratara,  
que el traje moro que viste  
y su luenga y negra barba  
desfiguran y envejecen  
hasta el extremo su cara.

Mas no es otro que D. Tello,  
el que al pié de las murallas



de Antequera combatió  
con Arabella, el que en alas  
de la amorosa locura  
de su pasión insensata  
tras el logro de su amor  
vino á encerrarse en Granada.

Años largos ha que sirve  
como cautivo en la casa  
del valiente Aben-Abó  
padre de la bella Fátima.

El cómo se hizo cautivo  
la Historia no lo relata,  
ni la oscura tradición  
el hecho tampoco narra;  
mas lo cierto es que allí vive,  
que logra ver á su amada  
á todas horas: que á veces  
consigue también hablarla,  
y que no muy pocas noches,  
cuando todo duerme en calma  
en derredor, y la luna,  
del espacio soberana,  
desde el alto firmamento  
su trémula luz derrama,  
se han visto cruzar dos sombras,  
como dos vagos fantasmas,  
y venir ambas á unirse  
en medio de la enramada  
entregándose un momento  
á amorosa y tierna plática.



Tambien es cierto que existe entre los dos una trama, y que en esta misma noche debe quedar concertada.

Por eso, cuando engañado marchó Alcarmen con la dama, D. Tello, que habia oido, lleno de celosa rabia, el diálogo anterior, oculto entre aquellas ramas, conociendo su peligro, su situacion apurada, y lo expuesto de la empresa, dudoso un punto se para.

Aun no habria media hora, quizás trascurrido escasa, cuando veloz se presenta la mora, y estas palabras le dirige.

—En el momento huye de aquí.... sin tardanza, que Alcarmen negra sospecha abriga dentro del alma.

—Pero quedándote tú, ¿cómo pretendes que parta?

—No me atrevo.... vete.... vete....

—Escúchame atenta, Fátima. Por tí mi Dios y mi ley, por tí mi adorada patria, mis parientes, mis amigos,





cuanto al corazon halaga  
años hace, no muy pocos,  
que abandoné: en tierra extraña  
el pan de la esclavitud  
me alimenta: las pesadas  
cadenas del cautiverio,  
mal que pese á mi arrogancia,  
arrastro humilde y sufrido,  
porque tu amor las ablanda.  
Mas ya es forzoso que tenga  
mi situacion apurada  
pronto término, es preciso  
que para mi hermosa nazca  
nueva aurora de ventura  
tras noche de malandanza.  
La esclavitud me envilece:  
la siento como una carga,  
que me oprime y me avergüenza,  
y no puedo tolerarla;  
que si hasta aquí la he sufrido,  
es porque medio no hallaba  
de hacerte ver mi cariño,  
mi loco amor, mi esperanza.  
¿Qué opinarán, cuando sepan—  
mis compañeros de armas,  
que mientras ellos valientes  
con denuedo peleaban  
en la toma de Antequera,  
(que á pesar de las bravatas  
de Alcarmen su fiero alcaide



cedió á sus fuerzas bizarras),  
yo apartado y retraído  
del fragor de las batallas,  
del camino do la gloria  
con noble orgullo se alcanza,  
donde se cogen laureles,  
premio de heróicas hazañas,  
en mi amor embebecido,  
de mi honor no me acordaba?

Ya no hay medio: si me quieres,  
si es verdad que tú me amas,  
huyamos de aquí....

—D. Tello,  
si yo tanto no te amara,  
no te dijese ahora mismo  
que soy tuya.... que tú mandas:  
disponlo, pues, como quieras;  
mas huye de aquí.

—Mañana  
á la una en el postigo  
del ángulo de la tapia  
te espero; todo está pronto.  
—Tambien lo estará tu amada.—

Callaron, y un tierno beso  
de los dos unió las almas,  
y á poco rato, cual sombras  
leves, informes y vagas,  
veloces desaparecieron  
entre la oscura enramada.

---



## CAPÍTULO VI.

Del resultado que tuvo la cita.

Entrada va ya la noche  
densa por demás y oscura:  
el color del cielo augura  
brava y recia tempestad.

Descienden algunas gotas,  
las estrellas se oscurecen,  
y las tinieblas acrecen  
al par que la soledad.

Mas fijando la mirada  
en el lugar de la cita,  
cuando el viento rauda agita  
los álamos, á través

de la sombra, y penetrando  
por el móvil cortinaje  
de su frondoso ramaje,  
se descubre un ajimez.

Dentro de aquel aposento  
de una belleza divina



la pura faz ilumina  
moribunda y tibia luz.

Está la hermosa sentada  
en rico divan de oriente,  
preludiando tristemente  
un cántico en su laud.

Por último, en el espacio  
pura, argentina, sonora  
su limpia voz vibradora  
agitada resonó,

y en son triste y lastimero,  
aunque lleno de dulzura,  
con amorosa ternura  
aquesta trova entonó.

~~~~~  
¿Qué hará la tórtola

cuando su amado,

enamorado,

al blando son

de tierno arrullo

la llame? ¡Oh!

De sus amores

seguir en pos.

—

Cuando hasta el prado

fresco, riente,

baje luciente

rayo de sol,

¿qué hará al sentirlo

la pura flor?

Abrir su cáliz
llena de amor.

—

¿Qué hará una hermosa,
cuando del alma
huyó la calma,
la paz faltó,
y un tierno amante
ve su pasión?
Huir en sus brazos,
ebria de amor.

Soltó triste y conmovida
el laud la bella dama:
del amor la inmensa llama
que comenzaba á lucir
en sus ojos, extinguida
se vió por amargo llanto:
su melancólico canto
dejóse al cabo de oír.

—No hay remedio; estaba escrito:
se aproxima ya la hora:
huyamos:—dice la mora,
y hácia la lámpara va;
y azorada, estremecida,
su luz moribunda apaga:
luego por la sombra vaga
la puerta empieza á buscar.

Hállala, al fin, y se pierde
en la revuelta escalera:
el rumor mas leve altera
su agitado corazon.

Mas al cabo al aire libre
sale resuelta y avanza,
llena de loca esperanza,
palpitante de emocion.

Llega, se para y espera
junto al dichoso postigo,
que va á ser mudo testigo
de su amorosa evasion.

De vez en cuando su rostro
animarse parecia;
era que por fuera oia
de pasos leve rumor.

Pero los pasos que oyera
junto á la puerta sonando,
todos se van alejando,
y con ellos su ilusion.

Y, quejosa de su suerte,
con lenta amarga agonía
deja escapar la alegría
de su tierno corazon.

Hácia la puerta lanzando
torva mirada ardorosa,
por su mejilla de rosa
una lágrima cruzó,

y de su pecho anhelante
escapando la ternura,

de los celos la amargura
fiero golpe la asestó.

—¡Ay!—prorumpió dolorida : y
—ese cristiano me engaña;
mas que tiemble de mi saña,
que es mi saña muy cruel.

¿Qué fueron, qué, sus promesas?
¿Qué su tierno juramento?
Humo que disipa el viento :
yo sabré vengarme de él.

Y olvidarlo.... mas no puedo....
fué de su voz el sonido,
aun vibra grato en mi oído....

—Como el eco del amor.—

Respondióle entrecortada,
desde el postigo emitada,
otra voz enternecida
que en su alma penetró.

—Fátima,—dijo avanzando
Aguilar hácia la hermosa.—
¿Tan pronto ¡ay! sospechosa
has estado contra mí?

¡Ingrata! mientras la fuga
preparaba yo anhelante,
me juzgabas tú inconstante
en celoso frenesí!

—¡Oh! no : por Alá te juro....—
comenzó á decir la hermosa;
mas arreciando furiosa
la desecha tempestad,

sus palabras en las alas
volaron del raudal viento,
y todo quedó al momento

en profunda oscuridad.

CAPÍTULO VII.

Donde se verá lo que corre y lo que sirve
un buen caballo.

Espléndido, vivaz y refulgente
entre bellos celajes de oro y grana,
asoma sonriendo por oriente
el feliz precursor de la mañana.

Las aves cantan con sonoro acento,
el ruiseñor en la espesura trina,
resuena en torno mágico concento,
do quier se escucha música divina.

Los arroyos con lánguido murmullo
sobre arenas doradas se resbalan,
óyese de la tórtola el arrullo,
los corderillos en los prados balan.

Abren las flores su boton divino,
y en los aires su aroma se difunde,
perfumando el ambiente matutino
que por do quiera delicioso cundé.

De sus cálices bellos, titilantes
suspendidas las gotas del rocío,

perlas semejan, sáfiro, brillantes
al refractarse el sol con su desvío.

Es, en fin, de la alegre primavera
una bella mañana esplendorosa :
el sol su luz tranquila reverbera
de Granada en la vega deliciosa.

Y raudo cual la ráfaga de viento
que fiera cruza por el ancho mar,
un jinete al escape mas violento
la extensa vega atravesando va.

Lleva la izquierda entre la crin perdida
de su valiente y corredor corcel;
y la derecha con amor asida
al talle virginal de una mujer.

Mujer cuya belleza seductora,
cuya sonrisa y lánguido mirar,
al valiente galan que la enamora
frenético le obligan á exclamar.

—Fátima hermosa, el porvenir es mio :
infeliz quien se oponga á nuestro amor,
que probará de mi pujanza el brio.
—¡Ay! Yo temo de Alcarmen el furor.

—De sus celos desprecio la fiereza,
su raza toda combatiera yo,
si robarme intentara la belleza
que mi cariño y mi valor ganó.

Que vengan, á cortarme la carrera
de mi caballo que al escape va :

valle no encuentra, monte ni ladera,
que no traspase en su violento afán.

Corre, corre, caballo del desierto,
al mismo simoun dejando atrás:
mientras haya á tu vista campo abierto
corre, corre, corsario, sin parar.—

Así gritaba en su entusiasmo ardiente
el dichoso D. Tello de Aguilar,
y su caballo con fervor creciente
cruzaba las llanuras sin cesar.

Mas ya en tan larga y tan veloz carrera
y en tantas leguas su pujanza dió,
y de Loja en el áspera ladera
se amortigua su empuje corredor.

Y tropezando débil y cayendo,
y recortando su veloz andar,
con penosos esfuerzos van siguiendo,
y logran á Archidona divisar.

Halágale de nuevo la esperanza
al verse cerca de Antequera ya;
mas teme, sin embargo; y poco avanza....
y por cañadas escondido va.

Que sobre el torreón de la moruna
villa, que ostenta su pujanza allí,
la enseña odiosa de la media luna
á los rayos del sol se ve lucir.

¡Ay! Teme que le roben el tesoro
de amor y de belleza, que fascina

su corazon, como fascina el oro
al torpe avaro que con él camina:

que es Fátima la mora mas hermosa,
que produjera el suelo granadino:
la cándida, la bella, la graciosa,
la de semblante encantador, divino.

La reina de las zambras y torneos,
la hermosa flor de virginal aroma,
la que inspira frenéticos deseos
de aquellos ¡ay! que la razon no doma.

.....

Mas siempre la fortuna á los amantes
tarde ó temprano al fin les acaricia;
y tal vez estos no estarán distantes
de hallarla pronta y á su amor propicia.

CAPÍTULO VIII.

En el que se empieza á comprender, cuan frecuente es que los amantes, por no perder el tiempo, lo pierdan todo.

En un paraje risueño, Hay sitios y allí
distante casi una legua
de Antequera y de Archidona,
y dividiendo sus vegas,
en medio de la llanura
levanta riscal sierra
su cúspide peñascosa,
que hasta las nubes se eleva.

De almendrales y acebuches
coronada está su cresta,
y por su falda tendida
tiernos pastos, verdeguean.

Hay un tajo, que parece
que al sol poniente se incendia,
por los vívidos colores
de su descarnada piedra.

Pabellon de blancas nubes
ó sutilísima niebla

suspendido en el altura,
continuamente refresca
el ambiente perfumado
que sube de la floresta.

El risueño Guadalhorce
á los piés de aquesta peña
con susurrante murmullo
va arrastrando sus arenas,
lamiendo los verdes troncos
de las gayombas y adelfas,
los tarajes y espadañas
que crecen en sus riberas.

Hay sitios donde se pierde
entre verdes alamedas,
que sombra dan á sus aguas,
y escondite á las parleras
y pintadas avecillas,
que cantando van sus penas
al saltar de rama en rama
con gallarda gentileza.

Hay verdes bosques sombríos
con sus tapices de yedra,
su cortinaje calado
y sus alfombras de yerba.

Sitio adecuado en verdad
para amorosas escenas,
para suaves delirios
de halagadora térneza.

Á este sitio delicioso
desde el cual se ve á Antequera,

y al lado opuesto do el tajo
su escarpada cumbre ostenta,
llegaron á descansar
de su penosa carrera
D. Tello y la bella mora,
que de gozo se enajenan.

Creyendo los dos incautos
que ya nadie los acecha,
que únicamente los goces
de su pasión les esperan,
quitan al caballo el freno
para que paste la yerba,
y en el sitio mas opaco
de la frondosa alameda,
do los pardos ruiseñores
cantan sus tristes endechas,
y del manso Guadalhorce
apena el murmurio llega,
en su amor embebecidos,
tranquilamente penetran.

CAPÍTULO IX.

En el cual, el poeta filosofando, y los amantes requiebrándose,
todos pierden el tiempo.

Tiene momentos la vida
en que manda el corazon,
queda inmóvil la razon,
y el alma vaga perdida
de ilusion en ilusion.

Tras la sombra misteriosa
de una dicha imaginaria
corre el alma presurosa;
y su carrera afanosa
da en la tumba solitaria.

Sueña la mente recreos
que pretende realizar,
y son solo devaneos:
ardientes, vanos deseos,
que nunca logra alcanzar.

¡Mas es tan grato el vivir
meceidos por la ilusion,
halagado el corazon

por el bello porvenir
de su amorosa pasión,
que cuando en pos del placer
presurosos caminamos,
ó al amor nos entregamos
en brazos de la mujer
á quien tiernos adoramos,
solo goces y ventura,
solo deleites y amor,
sueña el alma en su locura ;
mas viene al fin la amargura
con su aguijon punzador.

Y entonces el pecho oprimido,
de dolor el alma llena,
exhala triste gemido ;
débil y amargo latido,
que el corazón envenena.
¡ Ay ! que siempre el desengaño
ó la desgracia cruel
conjúranse en nuestro daño,
y del modo mas extraño
el alma inundan de hiel.

¡ Siempre espinas entre flores,
y tristeza en la alegría,
y desdichas ó falsía
en los mas bellos amores,
con que el alma se engreía !

Que en el mundo que habitamos
mezclados el bien y el mal,
si hoy el uno disfrutamos,

de que al otro caminamos
es infalible señal.

Así la mora entregada
al goce de su ilusion,
de su amante enamorada,
y en sus brazos reclinada,
deja estallar su pasion.

Y sin miedo á la tormenta
que sus cabezas conjura,
embriagados de ventura
de ilusiones se alimenta
cada cual en su locura.

—Fátima hermosa, te adoro,—
grita el valiente Aguilar,
mas que el rico á su tesoro,
mas que á su haren ama el moro,
mas que el pirata á la mar.

Mas que la madre amorosa
adora al recién nacido;
mas que el ave quiere al nido,
que tiene en la selva umbrosa
de las ramas suspendido.

Quiéreme así, y disfrutemos
del amor el dulce encanto:
nuestro pasado olvidemos,
y al amor nos entreguemos
sin pesares ni quebranto.

Que amor nos brinda la fuente

con su sonoro murmullo ;
amor canta dulcemente
en un lenguaje elocuente
la tórtola con su arrullo.

Amor las flores respiran
en sus lánguidos aromas,
amor los campos inspiran,
y por amores suspiran
las inocentes palomas.

Amores las brisas....

—Calla,
calla, calla, dueño mio :
tuyo es todo mi albedrío,
mi presente y porvenir.

Tuyo mi amor, mi cariño,
mi religion, mi creencia,
tuya toda mi existencia,
tuya, tuya, hasta el morir.

Yo seré siempre tu esclava ;
y si el calor te sofoca,
guardaré para tu boca
besos de dulce frescor.

Mi pecho será almohada
do reclines tu cabeza,
y.... verás con qué terneza
late á impulsos de tu amor.

Yo te amaré eternamente
como buena musulmana,
que en mis venas la africana
sangre siento circular.



Y si el Profeta dispone
de aquesta mansion perdida,
lanzarnos á la otra vida,
do se goza sin cesar;

yo te halagaré amorosa
con cuanto el placer invente:
allí seré eternamente
de tus ensueños la huri.

Y en la inmensidad del tiempo
verás tú cuanto te adoro,
porque tengo yo un tesoro
de eterno amor para tí.

.

Dejemos ya á los amantes
gozar de su dicha vana,
sin pensar en el mañana,
ni acordarse del ayer,
ya que solo es un momento
lo que se goza en el mundo:
y es el dolor tan profundo
y tan ligero el placer.

Porque es la dicha un fantasma
que, cual vision ilusoria,
solo deja la memoria
de su pasado existir,
y vuelve á ocupar el alma
la pena y el sufrimiento,
y un amargo desaliento
que cesa solo al morir.

Y al el Proleto...
de ayoeste...
lanxaron a la...
de se fosa...
yo la...
con...
allí...
de los...
T no la...
veis...
porque...
de eterno...
...
deleitos...
gozar...
sin...
ni...
ya que...
lo que...
y es...
y tan...
Porque...
que...
solo...
de su...
y vuelve...
la...
v un...
que...
que...

CAPÍTULO X.

**En el que se prueba cuán inconveniente suele ser el descansar
sin concluir la jornada.**

Entreabriéndose despacio
y con murmullo suave
las verdes y espesas ramas
de la alameda salvaje,
D. Tello y su bella mora
siempre tiernos, siempre amantes,
del nido de sus amores
misteriosamente salen.

—Fátima, cuando tú quieras...
cuando á tu gusto le cuadre,—
dice el amante á la amada
con cariñoso lenguaje,
pues ya hemos dejado al bruto
que sus fatigas repare,
sigamos nuestro camino,
si así querida te place;
y antes que se ponga el sol,
aunque ya es bastante tarde,

has de entrar, sultana mia,
de Antequera por las calles.
—Si nuestros gustos, cristiano,
son y serán siempre iguales:
si solo adorarte quiero,
como tú, mi bien, lo sabes....
manda, dispon.... mas.... atiende:
de aquella cañada sale

espesa nube de polvo,
que se condensa, ó se abre,
segun que el viento la agita....
¡Oh!.... dime ¿por qué te abates?

¿por qué tu faz palidece,
y en tus ojos de azabache
el terror pintado miro,
y la angustia en tu semblante?
¿Por qué tiemblas?

—Porque son
satélites de tu padre
los que aquel polvo levantan,
y van á darnos alcance.

Pero no: que antes que lleguen
del Guadalhorce á la márgen,
en los lomos de Corsario,
cual flecha lanzada al aire,
el camino de Antequera
tomaremos al escape.—

Así gritaba D. Tello
cruzando los matorrales,
para alcanzar el caballo

que á poca distancia paca,
y arreglarle la montura,
y colocarle el rendaje.

Mas no se encontraba el bruto
con intencion de esperarle,
y, sacudiendo ligero
la crin y cola ondulantes,
hácia los que á él venian
lánzase presto al escape.

.....

¡ Oh ! ¡ Qué duelo siente el triste,
que libre ya de sus males,
ve de nuevo su esperanza
como el humo disiparse !

¡ Ay ! ¿ Qué recurso les queda
á los dos tristes amantes,
si el bruto los abandona,
y los soldados leales,
á cuyo frente descubren
sañudo y feroz al padre,
y mas feroz y sañudo,
animándolos, á Alcarmen,
los han visto ya de lejos
y se acercan al escape ?

— Fátima, — grita D. Tello,
braveando de coraje,
y pintándose la furia
en su pálido semblante. —
Fátima, la sierra arriba ;
que no han de lograr ¡ infames !

con todo su poderío
de mis brazos arrancarte.

Agria.... mala, es la subida.

Malditos los peñascales,
que con su ruda aspereza
son causa de que resbales,
y, destrozando tus piés,
evitan el que adelantes....
mas sufre, Fátima mía:

arriba, arriba.... no tardes:
poco nos resta....

—No puedo:
no puedo, cristiano, sálvate:
déjame á mí abandonada:
tal vez el Cielo me ampare
y consiga hallar piedad
en el pecho de mi padre.
Sálvate, si puedes....

—Nunca.
Á tu lado han de encontrarme,
si no me puedes seguir,
sin que de ti me separe,
por tí luche, y te defienda,
contigo muera, ó me salve.

Y, si alguno temerario
osa ligero ultrajarte,
y confiado en su brío
llega á ponerse al alcance
de mi daga toledana

ó mi damasquino alfanje ,
yo les probaré bien pronto,
tu defensa cuanto vale.

— ¡Ay! cristiano, amado mio....

Alá piadoso te ampare.

No te detengas.... marchemos.

Tal vez la fuga nos salve ;

y en llegando á aquella cumbre

coronada de almendrales ,

alguna fácil huida

podrá lejos de su alcance

ponernos.... ¿ves? ya te sigo....

mas se me huela la sangre

al pensar.... ¡ay!....

—No pensemos

sino el medio de salvarte.

pero.... mira.... allá en el fondo

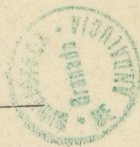
detenido está tu padre ,

y á su voz tambien se paran

los que marchaban delante.

¡ Oh ! ¿ Qué estarán resolviendo

contra tí los miserables ?



CAPÍTULO XI.

De lo que dijo el padre ofendido, y de lo que hizo el amante desdeñado.

En mitad de la pendiente,
por do caminaba airado,
Aben-Abó se ha parado
pensativo de repente.

Á su voz de mando fiera
hasta los mas afanosos
se detienen presurosos
en medio de su carrera.

—Decidme,—pregunta triste:—
¿Va Fátima de buen grado
con el vil que la ha robado,
ó se detiene y resiste?

—Señor,—contestó inclinando un esclavo la cabeza:— calculo que no va presa, pues va detrás caminando.—

Exhaló un gemido fiero
de amarga pena prolija,

contestóles:—no es mi hija:—(1)
y atrás volvió el caballero.

Cuenta la Historia que entonces
casi todos se volvieron,
y unánimes decidieron
á los amantes dejar.

Mas no faltó algun osado
que, envidioso de su dicha,
quisiese en honda desdicha
su ventura trasformar.

Y fué el rencoroso Alcarmen,
pretendiente de la dama,
que de otro amor en la llama
su corazon inflamó,
el que á impulso de los celos,
que le hierven en el pecho,
aguijado del despecho,
á perseguirlos tornó.

Algunos amigos siguen
al furibundo guerrero
que, desnudando su acero,
á la cumbre toca ya;
do entre espesos matorrales
los amantes escondidos,

(1) Refiere uno de los manuscritos que hemos tenido á la vista, que al comprender Aben-Abó que su hija no habia sido robada, sino que voluntariamente habia huido, exclamó con amargura: «Ya no es mi hija,» y se tornó á Granada.

están ambos decididos
á no dejarse apresar.

Mas ¡ay! tan solo divisan
á la muerte en lontananza:
ya no les resta esperanza
alguna de salvacion:

pues en vez de la vereda
que encontrar allí pensaron,
tan solo tristes hallaron
un escarpado peñon.

Tajo inmenso que colora,
al morir en occidente,
el sol bello y refulgente
con su lumbre celestial.

Mas hoy quizás al hundirse
ese sol en el ocaso,
para algunos será acaso
triste antorcha funeral.

Ya llegaron á la altura
los fieros perseguidores:
del poniente á los fulgores
se ven aceros lucir,

y se escuchan confundidos
voces, gritos, maldiciones,
feroces imprecaciones
y ruido de combatir.

En el peñasco mas alto
de la escarpada pendiente
aparece de repente
el intrépido Aguilar,

que á pesar de sus esfuerzos
y extremada valentía,
rugiendo retrocedía,
sin dejar de pelear.

Á su lado, sollozando,
agitada y temblorosa
va la mora silenciosa,
viendo la muerte do quier.

Y han llegado á tal extremo,
á lugar tan escarpado,
que á ninguno les es dado
un punto cejar el pié.

CAPÍTULO XII.

En este postrer capítulo se verá de lo que son capaces
dos enamorados.

¿Qué piensan silenciosos en lo alto del abismo
la bella contristada y su amante el de Aguilar?
¿Qué piensan, sumergidos en hondo parasismo,
al sol que ya se oculta mirando con afán?

Quizá algun presagio funesto, terrible
que inunda sus almas de acerbo dolor,
les dice doliente que ya es imposible
recurso que salve su vida y su amor.

Tan solo el rostro de la muerte helada
do quier que tornan sus miradas ven:
y pálida la faz desencajada
ambos la aceptan cual supremo bien.

Entonces tristes, desesperados,
locos, se abrazan con frenesí,
y, los semblantes tornando airados
á sus contrarios, gritan así.

—Seguid, seguid, mas es vano
vuestro temerario empeño:

de la muerte el torvo ceño
no nos infunde pavor.

Allá abajo nos aguarda
con los brazos extendidos :
hénos aquí, decididos
á disfrutar su favor. —

Y locos, delirantes,
de amor en un exceso
se dan el postrer beso
de su pasion fatal
nerviosos, convulsivos,
sus pechos palpitantes,

sus labios jadeantes,
y su razon mortal.

Su vista anublada

allá en el poniente

contempla demente,

al sol que se va.

Mas ¡ay! que al perderse

del sol la lumbrera,

su hora postrera

tambien sonó ya.

Hélos : se estrechan

con mas locura,

desde el altura

sin compasion,

con fiero arrojo

locos se agitan,

se precipitan

en su furor.

Y en su necio
desvarío
ya sin brio
nada ven,
y veloces
van cayendo,
maldiciendo,
y sin fe.

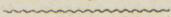
Llegaron
al fondo
del hondo
peñon.
Murieron,
y trizas
se hicieron
los dos.

¡Triste
suerte !

¡ Muerte
vill !

¡ Dura
pena !

¡ Justo
FIN !



ÍNDICE.

~~~~~

|                        | <u>PÁGINAS.</u> |
|------------------------|-----------------|
| AL LECTOR.             |                 |
| CAPÍTULO I. . . . .    | 4               |
| CAPÍTULO II. . . . .   | 5               |
| CAPÍTULO III. . . . .  | 13              |
| CAPÍTULO IV. . . . .   | 25              |
| CAPÍTULO V. . . . .    | 35              |
| CAPÍTULO VI. . . . .   | 45              |
| CAPÍTULO VII. . . . .  | 51              |
| CAPÍTULO VIII. . . . . | 55              |
| CAPÍTULO IX. . . . .   | 59              |
| CAPÍTULO X. . . . .    | 65              |
| CAPÍTULO XI. . . . .   | 71              |
| CAPÍTULO XII. . . . .  | 75              |

~~~~~